

Sol. ¿No ha demostrado el profesor Estienne que mucho antes que la nebulosa solar se hubiese condensado hasta el punto de producir el astro refulgente del día, debió conocerse la luz en el seno de las tinieblas de la inmensidad caótica como efecto de la misma condensación? Tal vez, como aseguran algunos sabios, pudiera decirse que el Sol proviene de la luz, más bien que ésta del astro solar.

El señor Schubert quiere ver en aquella luz que pudo iluminar á la Tierra en los tiempos bíblicos, un precedente ó un principio de las auroras boreales á cuya luz pudo leer el señor barón de Humboldt. Las acciones moleculares que debieron tener lugar en el seno de aquella atmósfera densa y agitada y los estados eléctricos que pudieron desarrollarse producirían también rayos luminosos más ó menos extensos, pero bastantes para ofrecer una luz que dejara distinguir los objetos y servir de elemento activo á los fenómenos de la vegetación.

Siguiendo la hipótesis de Laplace, no puede menos de concederse que la Tierra debió formarse antes que el Sol, y aquellos planetas menores primero que la Tierra. Parece natural que al desprenderse el anillo por la condensación de la nebulosa para dar origen á nuestro planeta, se presentó una claridad que gradualmente fué aumentando hasta alcanzar la luz brillante que tiene el Sol; pero que siguiendo la misma graduación se iría debilitando hasta extinguirse al solidificarse las primeras capas... Todo esto nos dice con lenguaje elocuente, que la ciencia en sus últimas lucubraciones marcha en perfecta armonía y cabal acuerdo con todo cuanto dejó consignado Moisés hace más de treinta y seis siglos. Los conflictos del señor Draper, y los delirios extravagantes del materialismo y positivismo ó monismo modernos desaparecen como una ilusión óptica.

Últimamente, á los 600 años de la vida de Noé se abrieron las cataratas del cielo, se rompieron todas las fuentes del grande abismo de los mares, y la Tierra se vió cubierta por todas partes por las aguas, que subieron *quince codos* sobre las montañas más elevadas.

Ciento cincuenta días permanecieron las aguas cubriendo la Tierra. Todo pereció en ella menos Noé y su familia, y los individuos y animales que se habían encerrado en el *arca santa*, que flotó por las aguas para pararse en las montañas de la Armenia.

Disminuyendo las aguas salieron los animales para esparcirse por la Tierra, y Dios bendijo á aquellos seres humanos, y les dijo: «Creced, multiplicaos, poblad la Tierra y ejerced dominio sobre los demás animales, sobre las aves y los peces, que os alimentarán, lo mismo que los vegetales; pero el que derrame sangre humana pagará con la suya propia; pues el hombre está formado á imagen de Dios.»

¿Cómo considera la ciencia el diluvio del Génesis? Se asegura que fué debido á la aparición en medio de los mares de un sistema de montañas, probablemente el sistema de los Andes ó del Himalaya, y tal vez de ambos, habiendo también indicado el de los Alpes y Ararat.

Sin embargo, la diversidad de pareceres entre los geólogos al subdividir el grupo cuaternario, nos induce á pensar que no están conformes con la relación de Moisés.



Predicción del diluvio y del arca de Noé.

¿No sería más prudente, dice algún sabio, aceptar aquella hipótesis, que limita el diluvio de la Biblia á la extensión de tierra habitada entonces por los hombres? Esta opinión, muy probable, y que no repugna ni rechaza la Iglesia católica, se halla también conforme con la razón y la experiencia. La total inmersión del globo de la Tierra en una masa de agua que tenía quince codos sobre la cima de la montaña más elevada ha sido objeto de una crítica severa,

tanto más cuanto que este líquido había caído en el espacio de cuarenta días con sus noches. Las palabras *toda la tierra*, hacen, según algunos pensadores, relación á la *tierra habitada* ó conocida y á las montañas en ella comprendidas. ¿No será un hecho evidente que una gran parte de las aguas que forman los grandes mares tengan su origen en aquel espantoso cataclismo que Dios mandó para castigar la prevaricación de sus divinos preceptos?...

Estas hipótesis en medio de su racionalidad, y ser, por lo tanto, del agrado de la ciencia, no se hallan conformes con la Relación genesiaca. El diluvio histórico fué general y mandado por Dios para castigar á los hombres por sus extravíos y por haber perdido la fe y la Religión. ¿De qué medios se valió la Omnipotencia divina para realizarlo? Lo ignoramos. Las investigaciones de los sabios podrán continuar en el campo de la ciencia; la razón buscará las leyes naturales de tan sorprendente y extraordinario acontecimiento, pero el católico lo aceptará cual lo explica y enseña la Iglesia. Oigamos lo que dijo el R. P. Llanas en una de sus conferencias, hablando del diluvio del Génesis.

«Todos los pueblos que han vivido de la tradición han conservado la memoria de un diluvio acaecido en las primitivas edades de la humanidad bajo la forma de una inundación espantosa, rápida y universal.

»Veamos lo que dice la observación. Á principios del período cuaternario los mares hicieron una invasión en los continentes americano, europeo y asiático, según los datos reunidos por Beudant, Kloden, Sefstroem, Archiac, Beaumont, Durocher y otros sabios. En Europa la invasión tuvo lugar por las costas de Noroeste. Los fenómenos observados en el continente europeo se descubren también en las dos penínsulas del continente americano, obrando la irrupción con mayor energía que en Europa.

»Las corrientes generales marítimas al chocar en su movimiento de avance con las grandes cordilleras continentales debían regolfar con una fuerza estrepitosa y determinar corrientes particulares, que aun hoy pueden ser comprobadas en los terrenos de acarreo.

»La fuerza de esas corrientes generales debía conducir á los puntos más culminantes de la Tierra grandes aglomeraciones de cantos rodados, que aun los hallamos en las cumbres de los montes y en las altas vertientes de las montañas, á donde en las actuales condiciones no han podido ser trasladados.

»Al terminar el nivel de las aguas y volver á su primitivo cauce debieron surcar las faldas montañosas y abrir esos valles de denudación que hoy admiramos y que tan alto hablan de una inundación que sumergió los puntos más elevados de nuestro globo.

»Al cesar el movimiento de las aguas debían depositar sobre los estratos de cantos rodados las partículas saxátiles en primer lugar y luégo las partículas

de limo más finas, como lo atestiguan el diluvium gris y el diluvium rojo que á nuestra vista tenemos y que constituyen la parte superficial de nuestro globo.

»De suerte que el Oceano ha invadido los continentes del antiguo y nuevo mundo paseándose por las altas cumbres de América, Europa, África y Asia. La invasión de América por los mares ha tenido lugar á la vez por las costas NO. y SO.; la inundación de Europa se ha verificado por las costas del NO., y to-



Escenas del diluvio.

avía no está determinada la dirección que en África y Asia han seguido las corrientes oceánicas.

»Durante muchos años se ha admitido por los geólogos que las formaciones erráticas del período cuaternario eran debidas á otro período glacial, que debió trastornar la superficie de la tierra, y la flora y fauna entonces existente. Hoy se ha abandonado esta idea por las grandes dificultades que presenta. Por esto muchos geólogos han aceptado la irrupción de los mares sobre la Tierra.

»El Génesis nos dice que hubo un diluvio, que se rompieron todas las fuentes del grande abismo ó del grande Oceano. Las aguas cubrieron toda la superficie del globo durante ciento cincuenta días, luego disminuyeron, y antes de terminar el año ocupaban su primitivo lecho.»

Luego el insigne Esculapio llama la atención del auditorio sobre las palabras del Génesis, que dicen: «No volveré á herir á toda alma viviente, como ahora he hecho: mientras exista la Tierra se sucederán unas á otras la sementera y la siega, el frío y el calor, el verano y el invierno, la noche y el día;» y sobre ellas establece una hipótesis muy ingeniosa, la cual está apoyada en la Revelación mosaica. De manera que interpretando el espíritu del Génesis, la causa de la invasión de la Tierra por los mares fué la suspensión del movimiento terráqueo. ¿Qué dice á esto la ciencia? Lo mismo que el Génesis: que si cesa el movimiento terrestre, las tierras se verán al punto invadidas por los mares; pero dice más, dice que esta invasión debió seguir el curso preciso que han seguido las corrientes marinas al acumular las formaciones erráticas cuaternarias; lo que según el Génesis debió suceder, es precisamente lo que según la ciencia experimental ha sucedido.

»El diluvio genesiaco da fin á la época cuaternaria y comienza la presente ó histórica. Hay pues, que admitir al hombre cuaternario, viviendo con los mamíferos de esta época hoy extinguidos. Por esto la Arqueología prehistórica hace constar su coexistencia.

»Así se explica que los grandes paquidermos quedaran sepultados en numerosas muchedumbres en las cavernas, á donde corrían en busca de refugio contra las aguas invasoras; así se comprende que sus osamentas se hallen amontonadas en los últimos huecos de los antros, y manifiesten muchas fracturas en las tibias y los femurs, como si se hubieran precipitado desde lo alto; así se explica que estos huesos fuesen después cubiertos de aluvión y acarreo. En tiempos posteriores fueron sepultados sobre ese aluvión el hombre y el renjífero, que habiéndose salvado en el Arca se propagaron después de la extinción de otras especies con quienes habían vivido. La Arqueología prehistórica distinguirá perfectamente estas dos faunas, y estas dos épocas, separadas por el Diluvio del Génesis.»

El Diluvio genesiaco fué una revolución, un cataclismo espantoso que experimentó la superficie de la Tierra. Todos los pueblos conservan esta tradición, y de ella presentan datos y recuerdos, cuya veracidad se halla relacionada con sus creencias y su civilización. ¿Es el pueblo verdadero creyente? ¿Guarda respeto á los preceptos de la Religión? ¿Vive en el santo temor de Dios? Entonces sin obstáculo alguno se puede asegurar que también respetará y creará en la tradición mosaica y en cuanto le enseñe la Iglesia de Jesucristo. ¿Ha perdido

la fe, y se halla aprisionado por el libre-examen? En este caso niega el relato genesiaco, y si hay alguna instrucción concede cuando más un Diluvio parcial, confundiendo quizá el gran cataclismo Bíblico, con las inundaciones ó diluvios parciales, como el de Ogyges, el de Deucalión ó el de Samotrace.

Acceptamos los católicos el Diluvio Universal como un *milagro*, porque la ciencia no puede explicarlo por más que por los sabios se hagan esfuerzos lau-



Salida del arca.

dables, y miramos con el mayor desdén la opinión de Hovelacque seguida por otros profesores, quienes aseguran que fué un mito, una fábula, una leyenda. No pretendemos explicarlo por leyes físicas, que sería deseo vano, y negaríamos el milagro; dejemos á estos sabios que busquen en la Naturaleza los medios de forjar una hipótesis atrevida y, si esto no fuese posible, *negar* el hecho en absoluto. ¿Qué les importa la conciencia unánime de la humanidad? Yo preguntaría á estos audaces profesores ¿por qué el hemisferio septentrional

conserva todos los años el astro solar sobre el horizonte, durante siete días y diez horas más que el austral? Ó bien ¿en qué consiste que de uno á otro equinoccio el eje terrestre está inclinado durante siete días y diez y ocho horas más en el hemisferio austral que en el boreal?... Dejemos al señor Rey de Morande ilustre crítico del *Cosmos* de A. de Humboldt, que en sus severas apreciaciones nos diga: «¿No es en efecto, sorprendente, no es providencial, que el polo austral, á parte de su invierno propio, siempre más prolongado, presente aún una masa enorme continental polar, realizada en estos últimos tiempos á fin de favorecer la acumulación de los hielos en mayor cantidad que en el polo opuesto, formado casi por completo de mares en los cuales estos hielos se amontonan y se derriten en mayores proporciones? ¿Á qué época puede realizarse esta desviación del centro de gravedad y sus inmediatas consecuencias? La ciencia podrá sin duda prevenirlo y calcularlo aproximadamente; empero, queremos consignar que en nuestro globo, cuyos volcanes submarinos tienden á formar corrientes oceánicas, ahondan y profundizan otros nuevos valles, y que posee en sí, dentro el círculo eterno del orden físico que se le señala, todos estos medios generadores y particulares para presentar renovaciones y transformaciones. En la unión de los hechos físicos que provienen de haber acumulado los hielos en los polos, con los que preponderan por las leyes de la pesantez universal, es donde debemos encontrar las verdaderas causas perturbadoras que ocasionan la mutación del eje terrestre.» Aquí observamos dos cosas: la primera que se acepta el cataclismo que conocemos por Diluvio bíblico, y segunda que para su explicación se parte de un supuesto hipotético y sobre él se funda todo el razonamiento.

Las conjeturas que se hacen sobre la inclinación del eje de la Tierra, pudiendo llegar un día que sea absolutamente nula para disfrutar de eterna primavera, estos cambios del centro de gravedad como resultado de la acumulación sucesiva é insensible de los hielos de uno á otro polo, mayor siempre en el austral para que tanto las aguas oceánicas como las congeadas adquieran movimientos bruscos que sean el origen de cataclismos y perturbaciones; será indudablemente una explicación ingeniosa, atrevida y científica; empero deja la cuestión intacta, sin indicar siquiera cuál fué el receptáculo ó el depósito que después del Diluvio genesiaco se encargó de recoger aquella inmensa cantidad de líquido, cuya altura fué de *quince codos* sobre la montaña más elevada. Y estamos otra vez y sin querer en la fe y en el milagro.

Empero la contradicción entre los sabios es cada vez más patente, y muchos geólogos eminentes aseguran que las regiones polares gozaban de una temperatura benigna, donde vivía tranquilamente el mammoth y otros animales paquidermos; como se demuestra por el descubrimiento que se hizo de uno

dé estos animales al comenzar el siglo actual; y otro que en el año de 1877 encontraron unos pescadores rusos, cuyas carnes comieron los perros sin repugnancia.

Ante todo fijémonos en la tradición. Nadie puede negar que la idea de un Diluvio es de todos los pueblos, y el R. P. Mendive lo demuestra diciendo, que la tuvieron los babilonios, los egipcios, los fenicios, los frigios, sirios, indios, persas, chinos, griegos, mejicanos y peruanos, que se halla en los habitantes



Noé maldice a su hijo.

de Tahiti lo mismo que en los del Orinoco, en los de la América del Norte, en los japoneses, los celtas, los germanos y hasta en los romanos; y esta tradición se ve impresa en las tablitas de barro cocido descubiertas entre las ruínas de Ninive. Y no se diga que las leyendas han hecho prevaricar á los hombres; porque el pueblo hebreo, que debió sus inspiraciones y conocimientos á Abraham, fué anterior á las inscripciones babilónicas y ha sido el maestro de éstos.

No parecerá extraño que para corroborar nuestro aserto citeamos dos autoridades contemporáneas, por cierto nada sospechosas, el barón de Cuvier y A. de Humboldt.

El primero dice: «Diversos pueblos han conservado un recuerdo más ó menos confuso de esta catástrofe (el *Diluvio*), donde comienza de nuevo por necesidad la historia de los hombres, en la forma que ha podido llegar hasta nosotros. Y lo que merece más particularmente la atención, es que los pueblos más aislados entre sí en orden á las relaciones sociales concuerdan, sin embargo, en colocar este suceso, poco más ó menos, en el mismo tiempo, ó sea cuatro ó cinco mil años antes del presente (1820). (Cuvier: *Discours sur la révolution du Globe*).»

Alejandro de Humboldt escribe sobre este asunto lo siguiente; «Estas antiguas leyendas de la especie humana, que nosotros hallamos esparcidas por la Tierra como restos de un gigantesco naufragio, presentan un vivo interés al filósofo que profundiza en el estudio de la humanidad. Por todas partes nos ofrecen las tradiciones cosmogónicas de los pueblos una semejanza tal en la exposición y en las ideas, que excita nuestra admiración en el más alto grado. Las diferentes lenguas habladas por tribus que parecen enteramente aisladas unas de otras, nos refieren los mismos hechos. Los datos reales relativos á la dispersión de las tribus y á las catástrofes de la Naturaleza, ofrecen pocas variantes; sólo que cada pueblo imprime á su relación un carácter particular. Tanto en el interior de los continentes como en la isla más pequeña del Océano Pacífico, la montaña más alta de cuantas aparecen allí cerca, fué el lugar donde se refugiaron para preservarse de la inundación algunos individuos de la raza humana, los únicos que quedaron en salvo. Cualquiera que estudie con atención las antigüedades mejicanas en la época que precedió al descubrimiento del Nuevo-Mundo, si conoce, así el interior de los bosques del Orinoco como las costumbres de las tribus independientes, y luego compara todo esto con la estrechez y pequeñas divisiones de nuestras instalaciones europeas, se convencerá de que no es posible atribuir esta aproximación de aquellas creencias en los diferentes pueblos, al influjo que sobre ellas hayan podido ejercer los misioneros con las máximas del Cristianismo.»

Se busca en la aparición del Himalaya, de los Andes y aún de los Alpes, el curso vertiginoso de las aguas, las cuales en sus impetuosas corrientes arrastraron estos animales y restos informes de otros hacia la Siberia y regiones polares. El entusiasmo de E. de Beaumont ha sido tan grande, que supone al hombre testigo presencial de estas gigantescas apariciones. El señor Bayle asegura, que ninguno de estos animales ha vivido jamás en la Siberia, sino que su procedencia se halla en las vertientes y estribaciones del Himalaya, y sólo

un cataclismo súbito pudo transportarlos á las regiones polares donde al solidificarse el agua los envolvió en una masa de hielo.

El período *glacial*, dicen, siguió á la época cuaternaria, y á los deshielos y acarreo de enormes montañas de nieve, á los ventisqueros y murallas de hielo transportadas por impetuosas corrientes á enormes distancias, se atribuyen los grandes cantos rodados ó *erráticos* que existen en muchas localidades, por cierto, muy lejos del punto de origen.

Aquí todo aparece confuso á los ojos del hombre imparcial, y esta perplejidad aumenta cuando se considera que el profesor Rossi pretende que el período cuaternario alcanza hasta la época romana, y que los fenómenos del período



Cuvier.

glacial y del cuaternario están unidos con el Diluvio mosaico. Y sin embargo, el R. P. Haté y ciertos geólogos, niegan el período glacial, mientras que algún otro indica haber habido *dos*. ¿No se ha sostenido, en cambio, que aun estamos recorriendo el período cretáceo?

Ya el señor de Agassiz, para nosotros autoridad muy competente y respetable, hizo observar muchas de las dificultades que ofrecía esta hipótesis, y creyó orillarlas colocando dicho período antes del levantamiento de los Alpes. ¿Y que dicen á todo esto los partidarios de las causas *lentas y continuadas*?

Y preguntamos nosotros también; ¿y qué dice la verdadera ciencia? Relatos y descripciones de los señores Credner, Bayle y Lecoq; suposiciones ó hipóte-

sis de Prevost, Tylor y Lyell, posibilidades inadmisibles, atrevidas teorías basadas en supuestos destituidos de fundamento y de razón, opiniones más ó menos admisibles de Ed. Collomb, Heber y Tyndall, contradicciones en todos; pero que no explica ninguno el Diluvio del Génesis por verdaderas causas físicas y naturales apoyadas en observaciones ciertas y evidentes fuera de toda duda y posibilidad. El materialismo y positivismo unicista lo niegan, porque no saben ni pueden explicarlo; nosotros, fieles á los dogmas de la Iglesia católica, lo calificamos de milagroso.

Si después de esta ligera aunque importante excursión por un terreno, á nuestro parecer, tan difícil como escabroso y que tan mal explotado ha sido por la mayoría de los sabios que se han ocupado del Diluvio genesiaco, nos será fácil comprender la serie de siglos que han transcurrido para que la ciencia haya podido equipararse con la revelación escrita, con mucha mayor facilidad pondríamos al descubierto aquella pobre idea que tan inocentemente pretende sostener el señor Draper, cuando asegura que el Cristianismo declaró, que: «*Las Escrituras contienen toda la suma de los conocimientos necesarios...* No conocemos ninguna declaración dogmática que así lo ordene, y será otra de tantas ilusiones y genialidades del profesor de Nueva York. Han pasado más de treinta y seis siglos, han corrido infinidad de generaciones, se han inventado y perfeccionado innumerables instrumentos y aparatos, los métodos de investigación son mejores y más numerosos sin ningún género de duda, las hipótesis y teorías han sido variadas y algunas en extremo audaces; y la Revelación, lejos de divorciarse de la razón, como se pretende, se unen más y más con lazos indisolubles. Han pasado treinta y seis siglos, repetimos, y la razón confiesa paladinamente su perfecta concordancia con las Escrituras sagradas y los Libros santos. El *conflicto* ha desaparecido; en estas Escrituras y en la tradición de la Iglesia católica pueden buscarse los fundamentos de la ciencia experimental. Preciso será convenir que los Santos Padres del Cristianismo estuvieron inspirados. La Iglesia católica aplaude los adelantos de la ciencia profana y los acepta gozosa, si van encaminados al bien de la humanidad, y da gracias al Dios de lo creado por los beneficios que derrama sobre sus hijos, permitiéndoles de cuando en cuando conocer alguna de las leyes cuyo conjunto hemos designado los hombres con la palabra *Naturaleza*».

Seríamos interminables si nos impusiéramos la obligación de extractar y comentar la multitud de trabajos científicos, teológicos y especulativos presentados á la consideración de la humana inteligencia, para sostener la santa verdad de los Libros sagrados; ó si quisiéramos dar á conocer los variados escritos que se han publicado para desprestigiarlos y envilecerlos á los ojos de los verdaderos creyentes católicos. En todas estas opiniones se descubren las hipótesis

que imperaban en aquellas remotas épocas, sin que de ello se deduzca nada contrario al dogma católico, puesto que éste está basado en las verdades reveladas y aquéllas en el producto de especulaciones científicas y filosóficas que cambian ó se modifican á cada nuevo descubrimiento.

Bien sabemos cuán arraigado estaba entre los doctos al comenzar á difundirse el Cristianismo, el sistema astronómico de Claudio Ptolomeo, y aquella creencia científica que dominaba en todas las escuelas de Alejandría, imperó también en los concilios y asambleas cristianas. De aquí que el sistema físico del mundo, entrando en el campo de la metafísica teológica racional, formó una opinión sistemática aceptada con aplauso por la generalidad, y difícil de desarraigar á pesar de los descubrimientos proclamados todos los días. En nuestros tiempos el señor Brewster y el P. Félix, con su talento sobresaliente han defendido con otros muchos sabios de un modo elocuente, persuasivo y victorioso los dogmas del Antiguo y Nuevo Testamento en el palenque de la falsa ciencia contemporánea. Repetiremos el final de lo que dijo este último en una de sus conferencias sobre el Génesis y las ciencias modernas: «Pero, en fin, ¿se quiere absolutamente que los planetas, los soles, las estrellas, tengan sus habitantes, capaces, como nosotros, de conocer, de amar y de glorificar al Creador? Yo me apresuro á proclamarlo, el dogma no lo repugna; no niega ni afirma nada sobre esta libre hipótesis. La economía general del Cristianismo concierne á la Tierra, abraza á la humanidad, nada más que á la humanidad; á la humanidad que desciende de Adam y fué redimida por Cristo..., etc.» Como se ve, el Cristianismo y el Catolicismo son para este mundo que habitamos, pertenecen á la humanidad que vive en la Tierra, á la que fué redimida con la sangre del Salvador, y deja á la libre hipótesis sus exageradas deducciones por la inmensidad de los espacios imaginarios.

Uno de nuestros más ilustres profesores de ciencias lo dijo en un acto solemne. El señor Doctor D. Manuel Ríoz y Pedraja, en el discurso inaugural para el curso académico de 1852 á 1853 de la Universidad de Madrid ha dicho: «La mayor parte de los errores que señala la historia de las ciencias y de la humanidad han tenido el mismo origen. El hombre en su orgullo crea sistemas, inventa teorías para llegar al último término de sus investigaciones precipitadamente y por el camino más corto, sin considerar que las grandes verdades son siempre obra de muchas generaciones, y todo lo que puede producir una larga vida y la más fuerte inteligencia, es á lo sumo un débil anillo de una cadena misteriosa, cuyos límites no ha alcanzado nunca la razón humana.»

»Precipitada la geología en un camino falso, fué fácil dar á sus primeros ensayos la dirección que más convenía á la filosofía dominante. Los geólogos, según la expresión cáustica de Voltaire, se colocaron sin ceremonia en lugar